

DON RAFAEL.

CAPITULO XII.

—Don Rafael, le dijo Juan al oído, mientras el joven en su sorpresa al despertar procuraba acordarse de su último pensamiento; su padre de V. ha abierto la puerda del cuarto, y acaba de bajar á la cocina. ¿Y ha ido solo, nadie había venido antes? preguntó Rafael maldiciendo su sueño. Nadie; le respondió Juan y los dos volvieron á callar atentos al menor ruido.

Pocos minutos pasaron en esta incertidumbre, porque volvieron á oír pasos que se dirigían al cuarto, y la puerta que cerraban otra vez.

—¿Será mi padre? se preguntó á sí mismo Rafael. ¡Esta duda es horrible! Estar á dos pasos de él, saber que corre riesgo su vida y no poder decirselo, no poder avisarle, no ser dueño yo de arrojarle entre el peligro y él para salvarlo, para librar su vida con la mía, y morir lleno de gozo con la convicción de que había de derramar una lágrima por mí! Es bien cruel tener que ocultar el rostro para hacer una buena acción! Si él lo supiera! pero si yo se lo dijese, no me creería. Interrumpió sus reflexiones el ruido de pasos, y oyó que daban golpes á la puerta.

—¿Quién? preguntó

—Voto vá! respondieron; no es aquí V. perdona. ¿Cuál es el cuarto del señor Don....

—¿Lázaro! gritó con voz terrible el anciano desde su cuarto, antes que pronunciara su nombre.

—¿Ah! es allí, dijo el cochero; tiré de la rienda derecha en lugar de la izquierda. ¿Qué manda V. señor?

—Llama al señorito Luis, dile que suba, y vé enganchando.

—¿Mas sufrimientos, Dios mío! se dijo á sí mismo Rafael; no atreverme á responder á la pregunta de un criado mío, no poderle decir, soy yo, soy Rafael, á quien tantas veces tuviste en los brazos.... pero van á partir, van á la muerte, porque si salen ahora no hay remedio á su desgracia.... mi hermano Fernando no puede llegar á la aldea, hasta la tarde, y aunque yo logre rechazar á los ladrones, huirán, volverán al ataque con mas fuerzas, y no tendremos ni esperanzas de socorro.... Es preciso que yo le hable....

Y buscando fuerzas en su buen deseo, salió y llamó á la puerta de su padre.

Abrióse en el momento, y delante apareció el anciano embozado en la capa, calado el sombrero y dispuesto á partir. Había creído que quien llamaba era su hijo Luis; pero al ver á Rafael retrocedió dos pasos, y permaneció fijamente algunos minutos: en seguida tomando otra resolución, se adelantó con paso firme como si estuviera cierto de que nadie osaría disputarle la salida, como si nadie hubiese allí.

—No salgais, señor, no salgais; dijo Rafael cruzando los brazos y poniéndose en medio de la puerta en ademán humilde, pero sereno.

Era imposible pasar sin empujarlo y el anciano se detuvo. ¡Miserable! le dijo: ¿no te basta haberme llenado de infamia, haber cubierto mis canas de deshonra, haber emponzoñado los últimos años de una existencia sin mancha, sino que también quieres avergonzarme delante de tus hermanos, delante de mis criados? No te basta lo que yo sufro al oír tu nombre asociado con la hez mas despreciable de la plebe, al ver las miradas de inteligencia con que al pasar me van señalando por las calles? ¿Esas miradas, que hacen bajar mi vista humillada ante cualquier hombre honrado, cuando en otro tiempo podía fijarla orgulloso hasta en el rostro mismo del rey, porque de reyes descendían los Perez el bueno! ¿No te basta que tenga que ocultar mi semblante, cuando otras veces lo mostraba al sol y al descuberto, porque no había en él una sola mancha? ¿Y quién ha echado ese borron en un nombre tan noble? ¿quién me hace humillar todos los dias? ¿por quién oculto yo mi rostro? ¿quién ha empañado el lustre de mi casa?.... Apártate de ahí! ¿Cómo te atreves á presentarte á mí?

—Señor, tenéis razon; dijo Rafael mas bien en el tono de un esclavo, que de un hijo: tenéis razon; yo no dire á nadie que soy vuestro hijo, no deshonrará mas vuestro nombre, pero escuchadme una palabra....

—Nada hay que hablar entre el asesino y su víctima; tú has asesinado cobardemente mi honra, y no hay para tí esperanza de perdon.

—Lo sé, señor, lo sé, y por eso no he venido á pedirlo, respondió Rafael con dolor y firmeza, pero sin orgullo: he venido á advertiros un gran peligro: si esperais á la tarde para salir, podeis libraros; pero poniéndoos en camino ahora, sois perdido; os esperan para asesinaros.

—Apártate, gritó el anciano colérico: mi voluntad es de hierro y no la doblan vanos temores: déjame salir.

—No saldreis, señor. no saldreis, respondió Rafael estendiendo ambos brazos, poniéndolos como una barra delante de la salida.

—Temblando de agitacion y de rabia el anciano no pudo sostenerse en pié, y se sentó en la cama.

—Escuchadme, señor, dijo Rafael con la misma templanza, sin conocer que su calma irritaba mas á su padre: si mi presencia os es insoportable, si no quereis dejarme respirar el mismo aire que respirais vos, yo partiré, pero no os obstineis.

—Silencio, silencio! dijo el anciano; ahí sube Luis.... ¡desgraciado! ¡que no sepa quien eres! Mucho has tardado, le dijo á este último cuando entró: ¿están ya las mulas?

—Ya, respondió Luis: ¿pero no toma V. alguna cosa?

—No, no; quiero salir de aquí. Vamos.

—Mirad, señor, dijo Rafael con un tono de profunda aflicción.

Miró Luis á su padre como preguntándole ¿quién es ese hombre? y el anciano, comprendiéndolo, dijo: temores vanos; quiere decir que no hay seguridad en los caminos.... pero tu hermano me afirmó que no había nada que temer: en la aldea lo esperaremos. Y seguido de Luis bajó sin mirar siquiera á Rafael. De allí á un momento se oyeron el chasquido del látigo, los gritos del cochero y el ruido de las campanillas: el coche se alejaba de la venta.

—Pronto, Juan, pronto, ensillemos los caballos y sigamos á mi padre; decía Rafael, asegurándose de que las escopetas y las pistolas estaban bien cargadas.

Corrió Juan á ensillar los caballos, y á corto rato volvió diciendo: ya están listos; y quisiera yo, si no había inconveniente, ahorcar al ladrón del ventero de una viga antes que saliésemos, pero el maldito ha ido, según dice su mujer, á la aldea á comprar no me dijo qué.

—¿Salió antes ó despues que el coche? preguntó Rafael con vehemencia.

—Antes, respondió Juan; en cuanto le dijeron que iban á engancharse las mulas, sin duda no quería ayudar.

—No es eso, Juan, no es eso, dijo Rafael desesperado; el traidor ha ido á buscar á sus cómplices: corramos, y plegue á Dios que no lleguemos tarde.

Un minuto despues estaban á caballo.

Bizarro, arrogante, hermoso iba Rafael con su lujosísimo vestido, sobre su bellísimo caballo, veloz como el viento, y firme en la silla como una roca junto al mar: aunque pálido por las fatigas del dia anterior, brillaban sus ojos como centellas, y la agitacion nerviosa que le producía la carrera, y el pensamiento del cercano peligro le daban fuerzas para luchar con un leon: parecía que acababa de sacudir el peso de seis años; miraba al cielo como si desafiara la tierra, y corría, corría saltando zanjas y salvando vallados: se sentía grande y fuerte, orgulloso, con el valor de un héroe; con el deseo de combatir de un tigre hambriento. Juzgaba tal vez que con la sangre de los asesinos de su padre podía borrar lo pasado, ó quizá no se acordaba sino de sus primeros años, de aquel tiempo de orgullo y de gloria, en que su presencia era por todas partes señal de alegría, en que su padre lo miraba con placer y sus hermanos lo trataban con respeto. Al verlo, nadie habría reconocido al hombre que se había degradado: no era ya el torero, era el oficial de caballería, el joven noble y rico, el soldado valiente pronto á morir por el honor.

CAPITULO XIII.

Media hora había continuado don Rafael á todo escape, cuando alcanzó á ver el coche á lo lejos: contuvo su caballo, para permanecer á la misma distancia y esperar á Juan, que no había podido seguirlo de cerca, sin que su excitacion casi febril y el ardor de la carrera le permitiesen hecharlo de ver hasta entonces. A poco rato llegó Juan á su lado, y siguiendo la linea misma del coche para que no pudiesen verlos, marchaban los dos manteniéndose siempre á igual distancia. El carruaje se detuvo.

—¿Has visto algo, Juan? por qué se han detenido? preguntó con agitacion.

Juan corrió un poco hacia la derecha para poder ver las mulas y dijo: No es nada, el cochero se ha bajado; sin duda se ha roto ó enredado alguna cosa....

—Vuelve aquí, Juan, aquí, detras del coche para que no nos vean.

—Pero, don Rafael, tiene vd. que ocultarse de su padre cuando ha venido solamente por defenderlo?

—Calla, Juan, tu no lo has oído: yo le hecho infeliz.

—Pues todo lo contrario, don Rafael, respondió Juan: yo oi todo lo que vds. hablaron, y la verdad, no veo que el ser torero dé motivo para tanto rencor.

—Silencio, Juan, le dijo con seriedad Rafael; ¿que entiendes tu de los sentimientos de mi padre? nació creyendo en Dios y en el honor su honor era su nombre, y su nombre se manchaba con la degradacion.... no hables de esto.... déjame olvidar lo que he sido; ahora soy soldado, voy á combatir contra los enemigos de mi patria; soy buen hijo, voy á matar á los que intentan asesinar á mi padre.... pica el caballo.

El coche se había puesto en marcha otra vez.

—Vuelve á mirar el cebo de la escopeta, continuó descolgando la suya, y asegurándose de que estaba en buen orden: la mia está bien, y esa?

—También y con tres balines; respondió Juan volviendo á enganchar la suya, y sacando las pistolas para registrarlas.

—Todo esta corriente, dijo Rafael habiendo hecho lo mismo; dejemos las pistolas abiertas y ¡Dios nos ayude! adelantémonos aun mas. Corre..... asi estamos bien.

Concluirá.

REVISTA DE TEATROS.

El sábado se ha vuelto á poner en escena en el teatro del Circo el baile *La Silfide*, tal como se ejeculó hace años en el teatro del Príncipe. La señora Neodot, que tanto gustó en el año último, fué este dia saludada con aplausos, y los mereció despues así en el pas-de-deux del primer acto, como en el terceto del segundo, la graciosa bailarina.

El mismo dia llegó á esta corte, procedente de Lisboa, en la diligencia de Se-

villa, el señor Tamberlisk, tenor, que según hemos dicho á nuestros lectores, viene escriturado para el teatro del Circo. Hoy ó mañana llegará la Albertini.

Se dice que está también contratado para seliembre el bajo profundo, Carlos Porto.

En la *Presse* del diez del actual se lee lo siguiente:

Uno de los primeros artistas dramáticos de España, el señor Lombía, profesor de declamación del Conservatorio real de Madrid, se halla actualmente en París con la comisión de estudiar nuestros teatros bajo el triple punto de vista del arte, de la administración y de la enseñanza. Los directores de los teatros reales han sido invitados por el ministerio de lo interior á que ilustren al señor Lombía acerca de todas las preguntas que tuviera que hacerles.

La graciosa Laborderie, que tan gratos recuerdos ha dejado en el teatro del Circo, está ajustada como primera bailarina en el teatro Imperial de S. M. en Viena. El público madrileño había juzgado con su acostumbrada inteligencia, del porvenir de esa joven artista.

También la acompaña el último director de la compañía de baile, el hábil señor Barrez, que recibirá en Viena los mismos aplausos que se le dispensaron en esta corte.

BOLETÍN ESTRANJERO

El vesubio, que desde el año pasado no ha cesado de embellecer las noches del verano y del invierno con sus llamas, aunque inofensivas, presenta actualmente una singularidad que llama la atención de gran número de curiosos. Sabido es que la fuerza corrosiva del fuego, y las repetidas y fuertes explosiones, habían escavado su vértice de manera que ofrecían á la vista del espectador una especie de cono truncado, en cuyo centro interior se alzaba la eminencia que contenía el abismo de fuego. A fuerza de descargarse y acumularse al rededor de esta en las erupciones la lava que no rebosa fuera de la montaña se ha aumentado y levantado tanto dicha eminencia, que está llena casi toda la parte vacía antiguamente y se ve de bastante lejos la cima, dando aproximativamente á la montaña una figura cónica. Bello sería, si continuase aumentando su volumen, que una mañana apareciese el vesubio cubierto otra vez con la cúspide destruida el siglo pasado por una erupción con tanto susto de los napolitanos.

Esciben de Munich;

Después de más de diez y seis años que no había habido una ejecución capital en esta ciudad, antes de ayer se levantó el patíbulo dentro de nuestros muros y fué decapitado un criado llamado Eppsteiner, que había degollado con una navaja de afeitar á la muger de su señor y á su camarera y escapado en seguida llevándose los objetos más preciosos de la casa.

Se ha notado una viva indignación en el público al ver que la policía trató de resucitar con este motivo una costumbre bárbara, que estaba ya abandonada hacia ya mucho tiempo en nuestras provincias. Durante los tres días que precedieron á la ejecución, se dió permiso al público para ver el reo en su prisión por espacio de una hora cada día, con tal que antes de entrar depositase cada persona en una caja, destinada al efecto, alguna pequeña cantidad por vía de limosna para socorrer á los parientes pobres del preso, ó para decir misas por su alma.

El populacho ha usado ampliamente de esta facultad, siendo tan grande la concurrencia que ha sido necesario reforzar las guardias de la cárcel y de sus avenidas.

Facil es imaginar la tortura moral que debe experimentar el sentenciado con esta triple exposición pública, cuando cada una de las personas que entraban tenían la facultad de acercarse al infeliz paciente y de hacer cuantas preguntas les acomodase.

Se asegura que en virtud de semejante novedad, las personas principales de esta capital tratan de elevar una representación al gobierno pidiendo la abolición de esta bárbara y repugnante costumbre, contraria á la vez, al carácter nacional y al de la misma pena capital, á la que no se debe añadir este exceso de tormento para el pobre condenado á muerte.

VARIEDADES.

El viernes 16 del corriente á las tres de la tarde el colegio de Nuestra señora de Loreto, establecido en el convento que fué de Capuchinos del Prado, se vió altamente favorecido con la honrosa visita que SS. MM. y A. se dignaron hacer á esta casa de educación de señoritas, acompañadas de la real servidumbre. No habiéndose anunciado la visita, SS. MM. y A. ocupaban ya el salón de recibir, cuando llegó tan grata nueva á noticia de la señora directora que se presentó inmediatamente á saludar las reales personas y á manifestar su sentimiento, de no hallarse preparada á tan augusto recibimiento, suplicando á S. M. que permitiera que las niñas vistieran su uniforme para ser presentadas dignamente, á que S. M. condescendió con la amabilidad que la distingue, pasando al jardín que encontraron muy agradable.

Al momento se presentaron las niñas vestidas del uniforme blanco en el salón principal de las clases á donde SS. MM. y A. se dignaron tomar asiento y recibieron un cumplido que hicieron cada una de las cuatro secciones del colegio; después cantó una de las señoritas, otras fueron examinadas de historia española y geografía, distinguiéndose alguna en trazar el mapa de España en el encerado con la mayor satisfacción de las augustas personas que examinaron después las labores y la escritura. En seguida pasó á visitar todo el colegio hasta los dormitorios, de que parecieron muy satisfechas, concluyendo su visita por la capilla á donde oraron un rato, cantando en tanto las niñas un himno á la Virgen.

S. M. la reina madre con la dulzura y bondad que la son peculiares, dirigió

mil preguntas á la directora para conocer todos los pormenores de la educación de que se mostró muy complacida. Lo inesperado de la visita hizo que no se pudieran presentar con sus clases los profesores del colegio, si bien por aquella circunstancia este ha podido ser apreciado en su verdadero estado.

Leemos en el *FARO* de Bayona:

Los restos mortales del Sr. de Miñano han sido transportados á España en el mismo carruaje que sirvió hace dos años para conducir el cadáver del conde Torreno. A cierta distancia de San Sebastian, y á pesar del mal tiempo, todo el clero de esta ciudad y gran número de personas esperaban la llegada del carro fúnebre. El féretro fué conducido al templo y de allí al cementerio con la mayor pompa.

EL LABERINTO.

PERIODICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA

DEL

TIEMPO Y DEL GLOBO.

Se publica todos los lunes. Los números irán adornados con hermosos grabados en madera, ejecutados por los principales artistas, y estampados por un nuevo método.

Se ha repartido el número catorce correspondiente al tomo segundo, el cual vá enriquecido con 9 primorosas láminas, distinguiéndose entre ellas el retrato de Torquemada; batalla de Roncesvalles; estatua de Napoleon; guerrilleros antiguos; alegoría de la primavera, y otras de un mérito particular.

RESUMEN.

Biografía de Torquemada, por don José Amador de los Rios.—Poesías, por don Francisco Rodríguez Zapata y don Alberto Lista.—Recuerdos de viaje, por don Manuel Cañete.—Poesía dramática, por don Gavino Tejado.—Sucesos contemporáneos.

Se halla abierta la suscripción y venta en los puntos siguientes:

Madrid. Un mes 8 rs., tres 20, seis 36, un año 70.

Provincias. Un mes 10 rs., tres 28, seis 54, un año 110

PUNTOS DE SUSCRICION.

En todas las principales librerías del reino, corresponsales de la casa de su editor don Ignacio Boix, y en la misma calle de Carretas, números 8 y 35.

Aunque el precio del «Laberinto» es hoy 8 rs. al mes, para los señores suscritores que lo sean al Globo y al «Tiempo», no se hará alteración alguna en los precios que han pagado hasta ahora.

TEATROS.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: se pondrá en escena la comedia histórica, nueva, en tres actos y en verso, titulada *LAS MOCEDADES DE HERNAN CORTES*. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto, titulada *MIGUEL Y CRISTINA*.

DEL CIRCO.

Hoy no hay funcion.

DE VARIEDADES.

A las ocho y media de la noche: el drama en seis cuadros, original, en verso y prosa, titulado *DOS VENGANZAS Y UN CASTIGO*; finalizando con baile.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8.